## XX

## ESCENAS DE AYACUCHO

### (1824)

El campo es una ratonera para un ejército que ocupe el valle, á poco que no haya podido resguardar sus costados.

Figuraos una llanura casi cuadrilátera de cerca de una legua de extensión, flanqueada á derecha é izquierda por ásperos y profundos barrancos, dominada por una montaña que extiende de Norte á Sur su dorso enorme, cuyas últimas ondulaciones se pierden hacia el Sur en el confín lejano del horizonte.

Al extremo oriental, hay una suave bajada de dos leguas, en cuyo fondo, al pie de una montaña casi perpendicular y sin salida conocida, serpentea un pequeño sendero. Al Occidente se levanta una mísera población de indios, llamado Quinua.

Aquel es el histórico campo de Ayacucho, ya ensangrentado por la discordia intestina en los primeros tiempos de la conquista. El cerro es el de Cundurcunca.



Á ese lugar habían llegado el ejército patriota mandado por el general Antonio José de Sucre, y el realista dirigido por el virrey La Serna y los mejores generales españoles, el día 8 de Diciembre de 1824; y allí, en ese valle para siempre memorable, iba á librarse la última de las batallas de la Independencia americana.

La campaña, comenzada en el mes anterior, había sido dura y fatigosa para ambos ejércitos; el 2 de Diciembre presentó Sucre la batalla, que no fué aceptada por los españoles, en el valle de Matará; el día siguiente sufrió un verdadero quebranto en la quebrada de Corpahuayco, de cuyas resultas perdió todo el parque de campaña y una de las dos únicas piezas de artillería que llevara á la expedición.

Luego, cinco días de penosa marcha con un ejército hambriento, semidesnudo, por las fragosidades de la cordillera, el enemigo á la vista, molestado sin cesar por los indígenas adversos á sus propios libertadores, que asesinaban á heridos y rezagados; mal montada la caballería, y por toda dotación de guerra, cincuenta cartuchos por soldado.

El hambre sobre todo; cundía el desaliento en las filas con el acrecentamiento de la miseria, y escasas tortas de salvado y carne de mulas y de asnos eran el alimento de los que iban á la empresa de redimir un mundo.

—Señor—le dijo un día al general cierto soldado que salía de una choza, con un pedazo de aquel pan en la mano—, ¡esto es insufrible, esto no se puede ni siquiera tragar, esto da dolor de tripas!

—A ver, á ver, hombre—contestó Sucre—, dame eso para que lo pruebe.—Y tomando el pan lo partió

y se llevó un pedazo á la boca, y después de haberlo comido:—¿Cómo es eso?—continuó—. ¡Si está exquisito! ¡Si no se puede exigir más! ¡Si no se come mejor en la mesa de un emperador!

Al desaliento de las tropas se añadía el descontento de los generales. ¿Qué es lo que quiere Sucre? ¿Qué fin se propone el general en jefe? ¿A qué conducen esas marchas y contramarchas, esas disposiciones incomprensibles? Los ánimos se inquietan, varios jefes se reunen en Consejo para criticar las órdenes del jefe é imponerle su voluntad.

Sucre se encierra en el silencio, sufre el primero las penalidades de la campaña, disuelve con altivez la reunión de los generales, y adelante, ¡siempre adelante! ¿Que adónde va? El y el destino de América lo saben.

Y he aquí que el día 8 se encuentra en la llanura de Ayacucho, casi desarmado, con un poderoso enemigo al frente y cortada toda retirada posible. En ese campo están, pues, la victoria ó la muerte.

Los españoles ocupan la altura, atisbando desde allí el menor movimiento de los americanos, que acampan en el llano; listos á aprovecharse de cualquier ventaja. Sólo la distancia de una escasa media milla separa los ejércitos contendientes.

¡Y cuánta desproporción numérica! Nueve mil trescientos hombres tiene á sus órdenes el virrey La Serna, los cuales, aun cuando han sufrido las mismas penalidades que los cinco mil ochocientos guerreros de la libertad en las crudezas de la campaña, están mejor vestidos, mejor municionados, y tienen catorce cañones para apagar el fuego del solo cañón de Sucre.

Por lo demás, no es mejor la moral del ejército en



las filas del virrey: si al jefe americano se le oponen Consejos de oficiales que tienden á la rebeldía y á la violencia, manos de descontentos arrojan pasquines en las tiendas de los generales españoles, protestando contra su ineptitud y culpándoles de cobardes.

Así, pues, en uno y otro campo, los jefes se ven compelidos al combate, como obligados á presentarlo sean cuales fuesen sus respectivas situaciones, su responsabilidad y su opinión de militares.

La suerte está echada; y el premio del vencedor será el dominio ó la liberación del Continente Americano.

Presenciemos la gran lucha.

Son las cuatro de la tarde del mencionado día 8.

Un pálido sol de Diciembre oculta sus rojizos fulgores tras de la cumbre del Cundurcunca, bañando en luz vespertina el hormiguero humano que se agita en las escabrosidades del cerro y sobre el solitario verdor de la llanura. Masas informes de negras nubes avanzan por el Sur y por el Oriente; y un silencio profundo, una expectativa mortal, como de ansiedad suprema, reina en torno. Los dos ejércitos se miran y se contemplan.

En esto, un batallón realista desciende de la altura, y cerca ya del llano, se despliega en guerrillas. A su encuentro sale un batallón patriota, y se abre, igualmente, en orden disperso. Comienza el fuego. Ese combate parcial es como el choque de aceros con que los duelistas tientan la fuerza del contrario antes de comenzar el asalto.

¡Pero qué admirable encuentro! Los dos batallones

combatientes maniobran como en una plaza pública en un día de fiesta, á grandes voces de mando y á toques de corneta. Las guerrillas se dispersan, se unen, forman columnas cerradas, se forman en escuadras y compañías, avanzan, retroceden, se dividen en caprichosas figuras, siempre disparando, según la voluntad de sus respectivos coroneles. Muertos y heridos cubren la tierra, atruena el espacio el ruido de las descargas, suben hasta arriba columnas del humo de la pólvora, la noche se acerca... y el fuego continúa.

A intervalos, por tácito consentimiento, se interrumpe el combate.

Entonces—¡cosa inaudita y rara!—combatientes de uno y otro lado pasan al campo contrario, se saludan afectuosamente, se dan las manos, abrázanse en una como efusión fraternal, y en seguida vuelven á filas cuando la corneta les llama, para continuar disparando sobre el que tienen al frente.

Es uno de esos momentos de descanso.

Un bizarro oficial español sale de entre los suyos, y á pasos precipitados se va para el enemigo. Camina de aquí para allá, busca, se afana, pregunta.

Alguien ha satisfecho su pregunta, alguien ha contentado su deseo. He ahí que del fondo del campamento americano se dirige corriendo al lugar del combate un oficial patriota. Mira al realista y se le acerca presuroso:

—¡Hermano!

—¡Hermano!

Quedan en silencio breves instantes, mirándose de hito en hito, con lágrimas en los ojos y convulsivos sollozos anudados en la garganta.

Al fin, el realista prorrumpe:



—Hermano. ¡Cómo te encuentro! ¡Dónde te encuentro!

¡Español eres de nacimiento, y tu puesto entre los nuestros está, y no entre los que combaten contra su Rey y contra su Patria!

—No. Ya no soy un español, soy un americano. En esta tierra me he casado, en ella está cuanto amo, en ella he levantado mi hogar y á ella he adoptado como madre y como patria. ¿Quieres que no combata por ella? ¿Quieres que no sucumba en la defensa de su libertad, si el destino así lo ha dispuesto para mi gloria? ¡Hermano! ¡La causa es grande, la causa es justa, la causa es santa!

Fruncido el ceño, plegada la boca en *rictus* desdeñoso, fulgurante la mirada, oye el brigadier español las entusiastas palabras de su hermano el teniente coronel patriota.

Tras de una corta pausa, le dice:

—Escucha. Cuando la batalla termine, como nosotros forzosamente hemos de vencer, forzosamente también has de caer tú prisionero nuestro. Desde ahora te digo que puedes contar con mi entera protección. A brigadier me han ascendido últimamente por mis servicios en esta campaña, y creo que el virrey no me mira con malos ojos. Pues bien: toda la influencia que pueda ejercer cerca de mis jefes y compañeros, será para salvarte, oveja descarriada que has aprendido á aullar entre lobos... ¡Oh, pero los demás!... ¡Los traidores que militan contra sus compatriotas, que hacen armas contra su Rey!... Para ellos, ¿qué perdón, qué piedad posible? Una misma madre nos llevó en sus entrañas, y por eso serás tú el único español de los que han seguido á los insurgentes que no sea ahorcado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEX.

Temblando de ira escucha el oficial independiente las altivas palabras de su hermano; y cuando éste concluye:

—Así, pues—exclama—, ¿me has buscado, me has hecho llamar, para insultarme? ¡Guarda tu protección para quien te la solicite! Si la suerte de la guerra me pone en tus manos, ahórcame en buena hora. ¿Qué me importa?

Y le vuelve colérico la espalda y se aleja á grandes pasos.

Un rayo de indecisión y de despecho ilumina un momento el noble semblante del español. Se decide, y corre tras del que se aleja, alcánzale, trábale del brazo, anhelante y cariñoso.

—¡Hermano! ¡Hermano! ¡No te vayas así! Tal vez sea mañana el último día de nuestra existencia, y no conviene llevar motivos de queja á la eternidad.

El otro se vuelve. Se abrazan, lloran.

Los dos ejércitos, que contemplan esta curiosa escena, aplauden con entusiasmo.

Pocas horas después, el brigadier español Tur, concluída la batalla, caía prisionero, y era recibido cariñosamente por los abiertos brazos de su hermano Tur, el teniente coronel republicano.

¿No es verdad que esto parece una leyenda inverosímil?

Y, sin embargo, la historia lo testifica.

Pero he ahí la noche. Los batallones se han retirado á sus respectivos campamentos; el silencio es interrumpido por el grito de los centinelas, el rumor de pisadas de las patrullas que cuidan el orden, y las



conversaciones de los soldados junto á las hogueras.

De pronto suena una alegre música al pie del cerro.

¿Qué significa esa música?

Es que el general Sucre les da una serenata á los enemigos, con dos de las mejores bandas de su ejército. No importa que á la marcial tocata acompañe el nutrido fuego de una compañía: son achaques de la guerra: el enemigo oirá la música de clarinetes y fusiles, y no se atreverá á bajar de sus posiciones, porque sabe que en el campo contrario están todos sobre las armas.

Las horas pasan. El cielo limpio, profundamente azul, tachonado de estrellas, cobija esa gélida noche de Diciembre. Abajo y en las ásperas quiebras de la montaña se extinguen chisporroteando las últimas hogueras del vivac; los soldados duermen á la intemperie con el fusil empuñado; dan el *quién vive* los centinelas; recorren el campo los jefes, y las postreras notas y los últimos tiros de la *serenata de Ayacucho*, rompen el silencio augusto de la Naturaleza.

Después, todo duerme.

Es la mañana del gran día.

«El día 9—dice un testigo presencial y actor en la lucha—amaneció hermosísimo; al principio, el aire era muy fresco y parecía influir en el ánimo de las tropas; pero así que el sol tendió sus rayos por encima de la montaña, los efectos de su fuerza vivificadora se vieron palpablemente: los soldados de uno y otro ejército se restregaban las manos y visiblemente hacían co-

nocer el placer que les causaba, y el vigor que recibían» (1).

Desde muy por la mañana andaba Sucre inspeccionando el campamento, y, catalejo en mano, observaba atentamente el de los realistas.

—En la situación en que nos hallamos, ¿qué opina usted debemos hacer?—le dice al general Lamar, que andaba á su lado.

—Para esta situación no hay otro remedio que dar la batalla, y vencer ó morir—es la contestación de Lamar.

—Soy de la misma opinión—replica brevemente Sucre. Y manda tocar llamada de oficiales generales, para darles las órdenes convenientes.

«La batalla de Ayacucho tuvo, al iniciarse, todos los caracteres de un caballeresco torneo.

»A las ocho de la mañana del 9 de Diciembre, el bizarro general Monet se aproximó con un ayudante al campo patriota, hizo llamar al no menos bizarro Córdoba, y le dijo:

»—General, en nuestro ejército como en el de ustedes hay jefes y oficiales ligados por vínculos de familia ó de amistad íntima: ¿sería posible que, antes de rompernos la crisma, conversasen y se diesen un abrazo?

»—Me parece, general, que no habrá inconveniente. Voy á consultarlo —contestó Córdoba.

»Y envió á su ayudante donde Sucre, quien en el acto acordó el permiso. Treinta y siete peruanos entre jefes y oficiales, y veintiséis colombianos, desciñéndose la espada, pasaron á la línea neutral donde, igualmente sin armas, los esperaban ochenta y dos españoles.

(1) *Memorias del general Miller.*



»Después de media hora de afectuosas expansiones, regresaron á sus respectivos campamentos, donde los aguardaba el almuerzo.

»Concluído éste, los españoles, jefes, oficiales y soldados, se vistieron de gran parada, en lo que los patriotas no podían imitarlos por no tener más ropa que la que llevaban puesta.

»Sucre vestía levita azul, cerrada con una hilera de botones dorados, sin banda, faja ni medallas; pantalón azul, charreteras de oro y sombrero apuntado con orla de pluma blanca. El traje de Lamar se diferenciaba en que vestía casaca azul en lugar de levita. Córdoba tenía el mismo uniforme de Sucre y, en vez de sombrero apuntado, un jipijapa de Guayaquil.

»A las diez volvió á presentarse Monet, á cuyo encuentro se adelantó Córdoba.

»—General—le dijo aquél—, vengo á participarle que vamos á principiar la batalla.

»—Cuando ustedes gusten, general—contestó el valiente colombiano—. Esperaremos para contestarles á que ustedes rompan los fuegos.

»Ambos generales se estrecharon la mano y volvieron grupas.

»No pudo llevarse más adelante la galantería por ambas partes.

»A los americanos nos tocaba hacer los honores de la casa, no quemando los primeros cartuchos mientras los españoles no nos diesen el ejemplo.

»En Ayacucho se repitió aquello de: *A vous, messieurs les anglais, que nous sommes chez nous*» (1).

(1) PALMA: *Tradiciones.*—Tomo I.